HERALDO DE ARAGON

ZARAGOZA

Fecha

El fino bouquet de Kraft

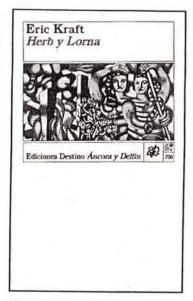
- 3 FED 1004

Ramón Acín

frecer una certera idea del «país de las oportunidades», escapando del consabido cliché —sobre todo en titánica lucha con el servido por el cine— y huyendo de la elipsis empobrecedora, constituye el gran acierto del escritor neoyorquino Eric Kraft en «Mesas reservadas» y «Herb y Lorna», dos novelas recientemente traducidas al castellano (1991 y 1993, respectivamente) y publicadas por Ediciones Destino.

Kraft, con sus sencillas y parcas descripciones ambientales que acompañan a las historias en cuestión, no parece perseguir como otros autores norteamericanos esa búsqueda rápida de la atracción lectora derivada de una buena y compensada máquina literaria, sino que pretende más bien que en ellas se palpe la vida en la que, además, se deguste la intensidad. No hay solamente plasmación de algo sucedido, perdido en la lontananza del tiempo o en la selva los acontecimientos, sino la realidad, presente y activa, desfilando ante nuestros ojos. Es decir, una crónica puntual, viva y sagaz al tiempo que reflejo, sin obviar necedades y aciertos, de la Norteamericana actual, de su cultura al servicio del «progreso», de su latría al dinero, de sus superpuestas capas sociales... Y todo ello, sazonado con un potente humor (es un auténtico orfebre) que evita la dureza y predispone a la asimilación, colándose por cada intersticio, desde cualquier personaje y en cada hecho narrado. Una clave cómica a la vez que crítica y que tan pronto se asienta en la reciente proximidad («Mesas reservadas»), como recupera todo un siglo de vida norteamericana, la del siglo XX, con todas y cada una de sus circunstancias («Herb y Lorna»), o que tan pronto satiriza frontalmente desde la carcajada (la falsedad de Matthew-B. W. Beach en un Boston posmoderno) adobada de acidez, como, a caballo del amor y del sexo, hace surgir en las pequeñeces, mezquindades y rutinas de Herb, Lorna y demás protagonistas, sin escoración alguna hacia el tópico, la definición del ciudadano americano, de su cultura y del posicionamiento ante la vida.

Pero la inteligencia, sabiduría e interés literarios de Eric Kraft son, sin duda, mucho más amplios. «Mesas reservadas» y «Herb y Lorna» revelan, cuando menos, una gran solidez de un mundo narrativo, una fe indesmayable en lo que se narra, la fuerza de un humor insospechado, arma letal de todo cuanto toca, y, entre otros aspectos dignos de mención, una capacidad para deslumbrar mediante una realidad que acaba transformándose en arte. Kraft sabe mo-



verse por igual tanto en interiores como en exteriores, en oropeles como en submundos sin
importarle detapar la tapa de los
truenos, para mostrar al igual el
absurdo de nuestra existencia y
la necesidad de sentir la parte
mas grata de la misma por cruda y anticonvencional que parezca. Como la vida: tragedia y
comedia

Quizá «Herb y Lorna», menos ácida, menos directa y más grata en su lectura -no tan humorística-, posea asimismo una mayor dimensión en todos los sentidos. Es cuestión de gusto, lo confieso. Aunque, ciertamente, el artificio literario está mejor compensado, hay más enjundia, más contenido, más sutileza y más contención, pues a partir de un impulso emocional -el de Leroy-, el autor construye y reconstruye (gratos y perfectos artilugios de verosimilitud de por medio como el ensayo o seudoensayo, las amistosas conversaciones o las memorias) todo un alud de situaciones que ganan continuamente en credibilidad. Kraft es un maestro en la utilización de la historia, de la memoria y de la misma literatura en función de su propia ficción. Nadie como él para granar diversos estadios de profundidad en «Herb y Lorna», una historia tocada por el amor, la familia, el sexo, la sociedad, el espíritu de nación y, a la postre, por la universalidad. Un escritor de fino bouquet, lleno de contenido y propenso a múltiples sen-

«Mesas reservadas»

Eric Kraft. Barcelona, Destino, 1991. 389 páginas.

«Herb y Lorna»

Eric Kraft. Barcelona, Destino, 1993. 430 páginas.